

EL SILENCIO DEL MAR

La barca es ahora a penas un despojo, un tronado montón de tablas que verdean y que permanece milagrosamente “en pie” –Alá, Yaveh o Maradona, sabrá porqué- en un rincón de la cala sin que nadie decida qué hacer con ella. Tal vez sigue ahí por vergüenza o por remordimientos... o por la impotencia que permanece en algún lugar recóndito, entre los pliegues de nuestras conciencias.

Galasi viene a verla a menudo, casi cada jueves. Camina por la playa despacio, solo, callado. Un día me dijo que le recuerda la playita de su isla natal, en Cassamance. Aquí no hay ríos tan caudalosos ni tan ruidosos como el Cassamance. Aquí los ríos no se oyen, apagados por otros ruidos. Discurren silenciosos, silenciados.

Cierra los ojos y recuerda su largo y aterrador viaje sin destino conocido. Su viaje del silencio.

Tuvo los suficientes redaños como para echar a la mar, uno a uno, los cuerpos sin vida de sus compañeros de huida. Asegura que lo más terrible, lo que de veras le aterrorizaba, era oír el rumor del mar sin voces humanas. Un mar que prefería rugiente que calmado. Un mar que no sabía a dónde le conducía.

El silencio del mar.

Tras miles de kilómetros, los últimos metros los hizo chapoteando, pues se lanzó al mar en cuanto vio la orilla, sin saber nadar. Él no sabía que los cuerpos de sus compañeros, arrastrados por las corrientes, habían ido llegando a esa misma playa. No sabía que un grupo de voluntarios los recogíamos con la esperanza de poder rescatar supervivientes. Lo recibimos con grandes vítores, como si hubiera conseguido la mayor de las proezas olímpicas. Lo envolvimos en mantas, le dimos caldo para beber, preguntándole con insistencia si había alguien más vivo, en un incomprensible galimatías para él. Cerró los ojos y atinó a murmurar, antes de desfallecer, en un torpe español “Senegal. Superviviente”.

Era jueves. Era 24 de diciembre. Hubo un pacto de silencio sobre su llegada: aquella noche, oficialmente, no sucedió nada.

La barca permanece en la arena. Galasi se acerca a ella: diríase que conversan sin mediar palabra y, cómplices, rememoran el silencio del largo camino.

Después, despacio, deshace lo andado. Al pasar junto a mí, me saluda sonriente, tendiéndome su mano, siempre fría y se aleja, callado.

Café Crème.